

8 PAGINAS
5
CÉNTIMOS

FIGARO

8 PAGINAS
5
CÉNTIMOS

ARTE * LITERATURA * ACTUALIDADES

Año II.—Núm. 10

OFICINAS Y TALLERES:
CALLE DE VALENCIA, 275 Y 277
BARCELONA

Miércoles 3 Febrero de 1904

SUSCRIPCION

ESPAÑA. . .—Seis meses. 1'75 pesetas
Id. . .—Un año. . . 3
EXTRANJERO.—Seis meses. 2'50 francos.
Id. . .—Un año. . . 4



Arrimándose al sol que más calienta.

DE OJEO

«Como son demasiado numerosos los estudiantes que se ratifican en lo expuesto, según parece, en la protesta que contra mí publicó *El Pueblo Vasco*, me permitirán dichos caballeros que hable con uno solo...»

Esto escribe en *El Heraldo* el señor Bonafoux, el cual, después de muchos años de ejercer la profesión de periodista, continúa sin saber escribir, sin saber declinar los pronombres y sin saber otra cosa más que cantar alabanzas de sí mismo.

Hay escritores jóvenes, y aún granados, que desdeñan la forma literaria, fundándose en que la idea es el todo. Según el parecer de estos tales, la gramática debe pagar en la picota el grave pecado de no permitir que se la ofenda, y la propiedad del lenguaje debe sacarse á la vergüenza pública por exigente, ñoña y enrevesada.

Comprendo que es muy cómodo salir por peteneras cuando no se puede salir por otra cosa; pero también se me alcanza que salir siempre por peteneras es andar á la cuarta pregunta en materia de canciones populares. Esos mismos caballeros, que exigen carta blanca para perniquebrar el idioma, son los que, cuando viene á mano, trinan contra el descuyuntado y bárbaro lenguaje de los gongorinos. Es la inacabable historia de la paja en el ojo ajeno.

Escribir bien molesta; porque escribir bien significa estar al tanto de lo que exigen la propiedad y la gramática; y no es cosa de andar preocupado con tales exigencias cuando hay prisa en dar suelta al pensamiento. El trastocar los tiempos verbales, como hacen hasta los empingorotados y presumidos sabihondos Martínez Ruiz y Manuel Bueno; el confundir los casos de la declinación en el uso de los pronombres, como vemos á cada paso en Baroja, en Galdós, en Echegaray, en la mayoría de los escritores y literatos modernos, incluso el gran Valbuena; el descuyuntar lastimosamente la sintaxis, cualidad característica en Saint-Aubin, en *Caramanchel*, en Bonafoux, en Laserna; el huir, en una palabra, de lo que es y debe ser fundamental en el escritor tendrá la poquísima importancia que pregonan nuestros gerontófagos renovadores; pero es una prueba de que no son estos los que nos traen las gallinas. Las gallinas, por lo visto, picotean en otros corrales.

El galicista Bonafoux, mejor aún que ningún otro, debía ir otra vez á la escuela, de donde no debió haber salido. Esos estudiantes *demasiado numerosos* lo dicen á voz en cuello. Porque usted, señor Bonafoux, podía decir *reunión numerosa, grupo numeroso...* pero *estudiantes numerosos!* ¿No ve usted, alma de Dios, que ese adjetivo conviene á todos los estudiantes y, por lo mismo, á cada uno de ellos? Y ¿qué es un estudiante *numeroso*? Tal estudiante, acompañado de tal adjetivo, no es más que un estudiante *armonioso, melodioso...* ¿Qué barbaridad! A esto conduce el haber salido de la escuela antes de tiempo, señor Bonafoux; en la escuela se aprende á construir oraciones en castellano, supuesto, claro está, que el maestro no sea algún Saint-Aubin de mala muerte.

«...cuando yo les suponía entre el barrio Latino y el Moulin-Rouge...»

¡Los señor Bonafoux, los! ¡Por vida de!...

«Que en mi artículo no hay mortificación alguna para esos estudiantes, por muy vidriosa que sea su susceptibilidad.»

¿La susceptibilidad del artículo? Pero, prescindiendo de la anfibología de la frase, sepa el señor Bonafoux que decir *susceptibilidad*, en sentido de *suspiciosa, sensibilidad, delicadeza*, es otro disparate de los que no pueden pasar ni aun por agujero de zarama. Los franceses son *susceptibles*; pero los españoles, aunque trine don Luis, somos *suspicioses, quisquillosos, delicados*; todo, menos *susceptibles* con traducción y música de Bonafoux!

Se continuará.

Palayo Vizueté.

Cuento viejo con contera nueva

Un discípulo de Caco, tan listo como guasón, penetró un día en un templo, no para alabar á D.os. sino con el fin *non sancto* de ejercer su profesión.

Vacía estaba la iglesia, pues tan sólo un confesor había, que á una beata le echaba la absolución; é iba á marcharse ya el caco; cuando en esto vió un reloj en manos del padre cura, y hacerlo suyo pensó; para lo cual al momento, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se arrodilla á los pies del confesor.

—Vamos á ver, dice el cura, ¿tú qué eres?

—Soy un ladrón.

—¡Un ladrón!

—Sí, padre mío.

Nunca niego lo que soy. Y he venido aquí por eso, dice, tentando el reloj.

—¿Y de qué te acusas, hijo? le pregunta el confesor.

—Padre, me acuso que robo, le dice al primer tirón.

—Pues hijo, lo haces muy mal.

—Pues hágalo usted mejor, ve leica el caco, guardando en su bolsillo el reloj.

—Quiero decir, que no robes.

—Lo que es ahora, ya no; pero lo hecho ya está hecho.

—¿Y qué has robado?

—Un reloj.

—Devuélveselo á su dueño.

—¿Lo quiere usted, padre?

—No.

—Es que el dueño no lo quiere.

—Entonces ya no hay cuestión.

No queriéndole su dueño, queda por tuyo el reloj.

—Muchas gracias, padre mío, écheme la bendición.

—Ego te absolvo y cuidado con repetir...

—No, ya no—

dijo el caco penitente al irse;— quedad con Dios.

—Anda con El, hijo mío,

—Ya con él, padre, me voy.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

El gobernador de Barcelona

El Gobierno civil de la provincia de Barcelona, es el escollo con que tropiezan todos los políticos que están en los comienzos de su carrera. Cuantos han pasado por ese Gobierno civil, de diez años á esta parte, son hombres al agua. En Barcelona han fracasado todos los conspicuos que, tanto el partido liberal como el conservador, han enviado en calidad de personajes para dirigir el complicado engranaje del Gobierno. Larroca, Hinojosa, Dorda, Sanz Escartín, Marina, Socías, Espinosa de los Monteros... la lista sería larga.



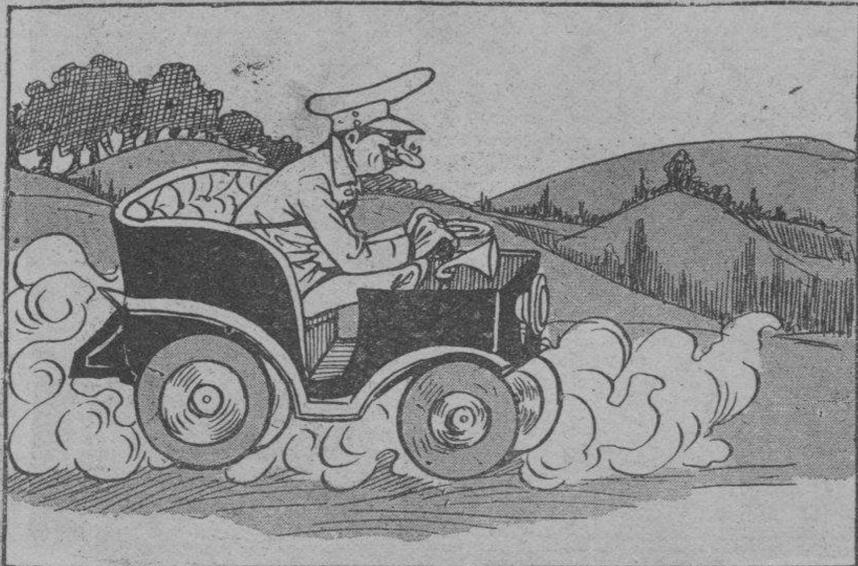
DON CARLOS GONZALEZ ROTHWOS

Pocas excepciones ha habido; pocas y muy honrosas por cierto. Entre ellas, con justicia ha de citarse al señor González Rothwos, persona que como gobernador ha sabido conquistarse el respeto y la consideración de todos, y como hombre se ha captado las mayores simpatías, por su amabilidad exquisita, por su trato agradable, por su excelente don de gentes. La época de gobierno del señor González Rothwos, quedará imperecedera en esta capital, donde estamos acostumbrados á padecer vividores sin conciencia y sin pizca de talento, que han convertido la cultísima Barcelona en campo de sus ambiciones desordenadas.

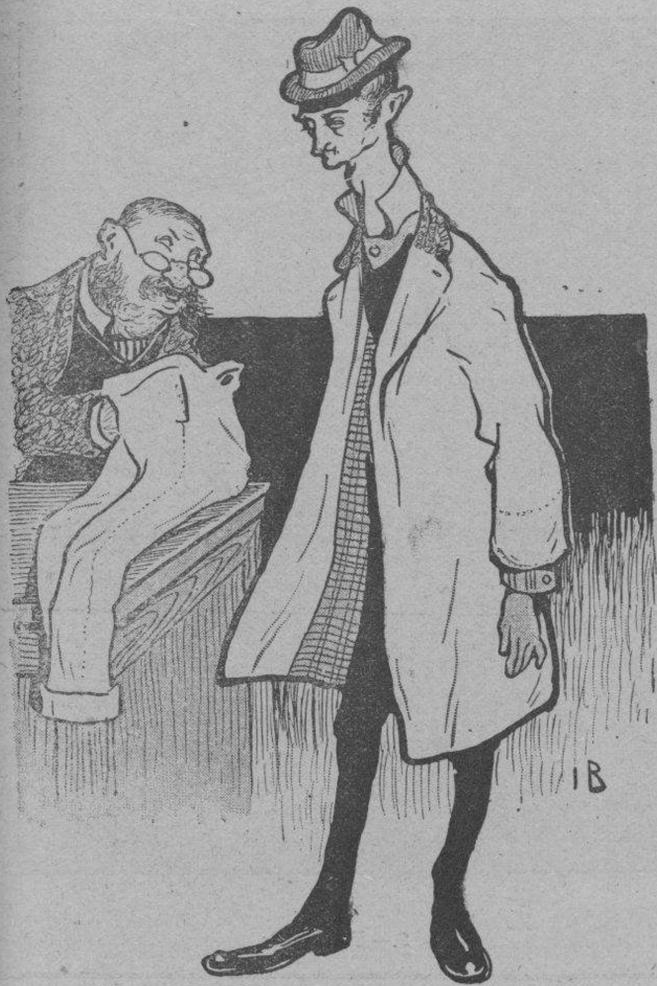
Dícese ahora, que el señor González Rothwos, nos deja. No quiere perder su acta de diputado por Villanueva de los Infantes. Es una gran desgracia para Barcelona y para el Gobierno. Para Barcelona, porque no volverá á tener un gobernador digno y noble desprovisto de compromisos, que inspire en la más recta justicia todos sus actos; para el Gobierno, porque difícilmente encontrará un político que sepa desempeñar con igual acierto, cargo tan difícil y tan complicado. El señor González Rothwos se marcha, y es verdadera lástima, porque como gobernador de Barcelona es insustituible é irremplazable.

Manuel Millás.

HISTORIETA MUDA



GÉNEROS DE PUNTO



—Aquí tiene usted unos pantalones de jefe de partido, que se hicieron para Villaverde.
—¿Y por qué no se quedó con ellos?
—Porque le vienen anchos.

que á risa y chunga provoca, y abrir dos palmos de boca para insultar á la prensa.
Hay que ver á Nocedal, ver á Romero Robledo, ver á Domínguez Pascual...; ¡y hay que ver á don Tancredo subido en su pedestal!

* * *

Dice un periódico:
«El alcalde de Manresa ha teleografiado al Gobierno haciendo protestas de adhesión al trono y fidelidad á España.»
Y digo yo:

¿A qué esas protestas?
¿Es que se las piden?
El hecho, lectores, y estoy en lo firme, recuerda el proverbio español, que dice:
«¡Algo tendrá el agua cuando la bendicen!»

* * *

Noticias y telegramas recibidos de París afirman que el rey de Servia, Pedro Karageorgewitch, tiene su trono en peligro y su cabeza en un tris, siendo posible que pronto se arme en Belgrado un *jollin*, pues se proponen algunos súbditos de aquel país hacer con ese monarca lo que con Obrenowistch.

Yo, lo digo francamente, aunque al principio creí que un don Pedro, siendo bueno, pudiera en Servia servir, después opiné otra cosa y al cabo me convencí que no tragarían los servios á ese Karageorgewitch.

* * *

Mangas y capirotos

Hay que ver en el Congreso las borrascosas sesiones, donde, con punible exceso, le dan gusto á la *sin hueso* los de las oposiciones.

A Maura hay que ver allí haciendo soberbio alarde de oratoria baladí, con pujos, ó cosa así, del tiempo de Calomarde.

Hay que ver á Sánchez Toca mover su nariz inmensa,

Rahola y Zulueta están siendo en Madrid agasajados, y su dicha, lector, fuera completa si lograran volver á la gaveta los pesos en América gastados.

¡Banco de Exportación!... Me huele á queso; pues con toda su ciencia, con su viveza y seso, para ellos será eso ¡Banco de Exportación!... ¡y de paciencia!
¡Y que esperen sentados los pesos en América gastados!

Paco Pico.

Luis Planas de Taverne.

Cosmopolitas

Que el Carnaval está de baja es un hecho inconcuso particularmente en los países latinos, donde antiguamente gozó del mayor esplendor.

Venecia, cuyo carnaval ha sido inmortalizado por insignes poetas, apenas si recuerda en raras mascaradas aquellos días de ominosa memoria y á aquellas damas de negro antifaz que atraían con sus cantos á los gondoleros para saciar con ellos sus pasiones y encerrarlos después en *los plomos* para borrar así el recuerdo de sus liviandades.

El *mocoletto* de Roma ha caído en desuso. Nápoles ha borrado del capítulo de sus diversiones las tradicionales cabalgatas que evocaban el tiempo de las saturnales del imperio de los Césares, y exceptuando Niza, en la que una administración experta organiza fiestas para acabar con el dinero que no ha podido consumir Monte-Carlo, en todo el litoral del Mediterráneo, no queda rastro de aquellas hermosas *rúas* que del Ródano al Tíber, y del Ebro al Turia hicieron célebres nuestras alegres ciudades.

Quedaba aún—al menos para los franceses—la *Mi-careme* y los bailes de la Opera; pero hasta éstos últimos han desaparecido.

El empresario del primer teatro de Francia, ha declarado, que en vista del mal resultado de los bailes en el pasado Carnaval, desistía de darlos en el presente, por lo que los *Isidros* de Provenza y Bretaña, que acudían á París con la esperanza de lograr una cita bajo el reloj de la Opera se verán defraudados, debiendo resignarse á probar fortuna en *Boullier Rapt* y otros establecimientos de importancia.

También en nuestro país ha desaparecido casi en totalidad el Carnaval, y muchos son los que recuerdan aún el *Carnestoltas* del Borne y la clásica *rúa* de la Rambla, donde tantos de nuestros abuelos alcanzaron, á favor de la careta, el medio de comunicar sus atrevidos pensamientos á nuestras abuelas en las mismas barbas de sus padres, que velaban severamente por el buen nombre de sus hijas.

El Carnaval ha muerto, y sólo en las sombrías callas de Londres puede verse aún la multitud de marineros, indios y negros que, con trajes chillones, recorren los muelles, contrastando sus gestos grotescos y lo desapacible de sus músicas con el severo continente de *John Bull*, que los contempla con la complacencia de todo buen inglés amante de sus tradiciones.

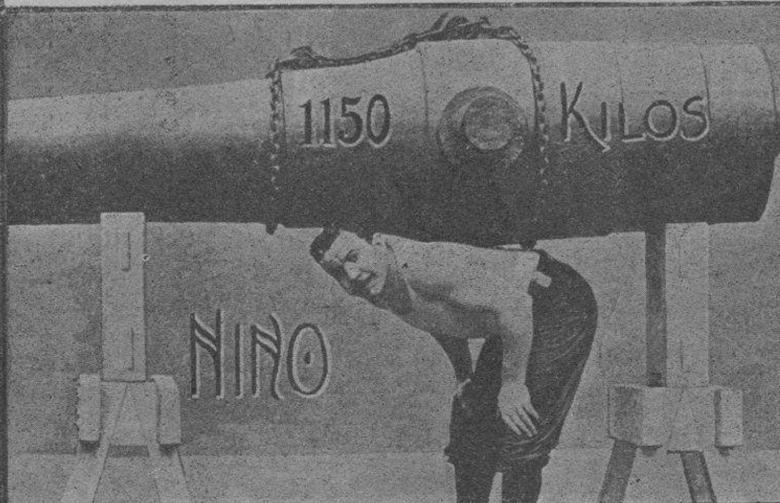
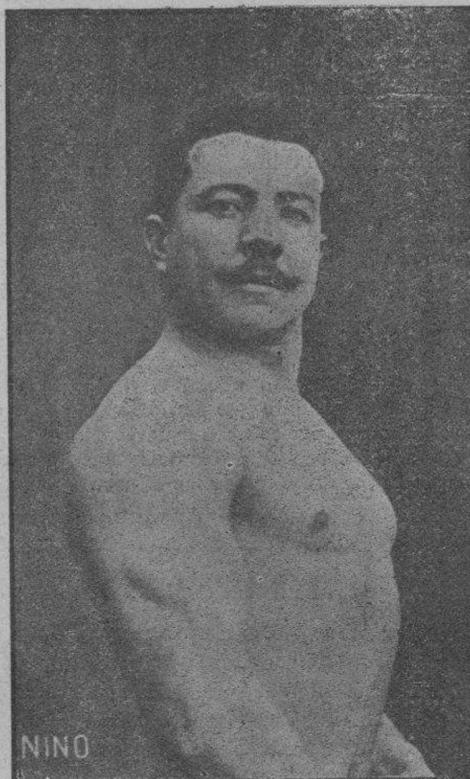
NINO, EL ATLETA DEL TÍVOLI

¿Lo han visto ustedes? ¿No? Pues es digno de verse. Un individuo de verdadera complexión hercúlea, negación v. v. ente de la teoría que afirma que degenera la raza humana. En el Tívoli hace alarde de su fuerza extraordinaria y admira su frescura después de realizar su hazaña, que no se atreverían á hacer tres hombres juntos. Nuestros grabados dan una idea de los trabajos que ejecuta Nino, ¡advirtiendo que en los experimentos no caben sofisticaciones ingeniosas! En la puerta del

Circo está el cañón de 1600 kilos que el moderno Hércules levanta todas las noches á presencia del público, con la serenidad de quien ejecuta la cosa más corriente y sin importancia del mundo.

No hay que decir si Nino es hombre de puños. ¡Dios nos libre de sus caricias!

¡Ah, si alcanzáramos la suerte de que en el Gobierno hubiera muchos Ninos, otro gallo nos cantara! Porque, recordando lo que dice el refrán, al tenor del santo deben ser las medallas...



Mal de ojo

Cierta noche hallábase congregados en el cuarto de Salvaorillo Chilindrinas, la señá Macabra, la Palominos, Pepico el Gramatiquero y otras varias personas, y todas ellas espiando con la mayor atención los menores movimientos de aquél, que permanecía acostado en su catre; demostraban en sus facciones la terrible ansiedad y la compasión que les poseían, por estar próximo á cumplirse el espantoso vaticinio de la señá Esperpentazo. La cosa no era para menos. Figurense ustedes que esta mala bruja, que á la hora presente estará haciendo de *bú* en el infierno, con toda seguridad, tuvo el mal corazón, á causa de añejas rencillas habidas entre ella y la madre de Salvaorillo, de hacer á éste mal de ojo cuando vino al mundo, echándole la maldición horrorosa de que al cumplir los treinta años había de perder el juicio, á cuya maldición dijo luego, ya arrepentida, que no existía sino este remedio: que hubiese algún pariente ó amigo del Chilindrinas que, cuando estuviese lo dicho para cumplirse, la besase á ella á un mismo tiempo en la mano, como se besan á las reinas, y en la boca, como se hace con las *gachis*, y, si para dicha fecha ella no vivía, lo mismo daba que fuese ésto hecho con su hija Mariquita Esperpentillo; después de lo cual podía quedar, y no de otra forma, inutilizada la profecía. Mas á pesar de este remedio, la locura de Salvaorillo parecía inevitable, porque, como razonaba á las personas nombradas al principio, Pepico el Gramatiquero, a menos de tener una boca de á vara, ó á menos de como los cangrejos, tener dos bocas, no había sido capaz de dar un beso tan disparatado que á la vez cogiese los labios que están en la cara, y los dedos, que vienen á estar á la altura de los muslos.

Bajo estas tristes y abrumadoras razones permanecía el infeliz en su catre, como ya hemos dicho, y esperando de uno en otro instante encontrarse sin razón; decía á veces á sus amigos éstas ó parecidas palabras, por cerciorarse de que aun no la había perdido:

—Oigasté, señá Macabra, ¿es osté la señá Macabra?... Y osté, ¿es la señá Palominos?



1.—Estaré fuera de casa un par de días.



2.—En el baile.

—Las mismas semos, hijo mío—respondían ellas suspirando.

—Mu bien: entoavía estoy en mis cinco. Pero, oye tú, Gramatiquero, arresponde: ahora estamo e ne linvierno, y jaze poco tiempo entró un nuevo papa en el Boticario, ¿no verdá?...

—Sí, pero aonde entró er papa fué...

—¡E nel Batacazo!...

—No, hombre: e nel Vientrecano; pero e jiguá. Entoavía eztás en tus cabales...

—¡Po entonce, por el amó de Dió, jazé argo, me-nearse! ¿entoavía hay tiempo!

—Imposibre, imposibre—murmuraban todos, y quedaban meditando...

—Pero, ¿osté no tiene también argo de hechicera, señá Macabra?...

—Hechicera no se dico ahora: eso está yá mú antiguo: ahora se dice... *civila*—saltaba el Gramatiquero.

—Hijo mío—decía la Macabra;—yo no se na má que echá las cartas y disí la güenaventura, y ésto mú malamente...

—Señores, á buscá á la hija e la Esperpentazo voy otra vé; por mí no ha de quedá—dijo el Gramatiquero, y levantóse y salió; pero con pocas esperanzas de obtener algún éxito en su empresa.

Y así pasaron ratos y ratos de aquella noche, más triste y más larga que una *jumera* de vino tinto. De vez en cuando un poco de conversación, que terminaba siempre con la salida de algún personaje en busca de fortuna; luego más vista que cien relojeros, para examinar los movimientos de Salvaorillo; y las quejas de éste, las reflexiones descabelladas respecto al modo y manera de dar el beso á Mariquita, y los llantos, los suspiros, los consejos, etc., de todos sus amigos allí presentes.

Pero al fin, sería cosa de las dos de la madrugada cuando sintióse de improviso un gran estrépito en la calle, entró el Gramatiquero gritando y dando tales saltos de alegría, que ni una pulga loca, y dijo á los concurrentes:

—¡Virtoria, tóo está acaba!... ¡Salvaorillo, no te güervas loco; yá la púe besar en la boca y en la mano, tóo ar mismo tiempo!

Y Salvaorillo, que escuchó tales palabras, tiróse del catre, abalanzóse al recién llegado... ¡Gramatiquero e mi vía, ¿qué estás diciendo?... ¡Jabla por la salú e tu mare!... ¡Ay! ¿Será que ya mabré güerto loco?

—¡Que no, hombre!... Josú, Josú, ¡vaya una carra!... Un poco e vino, señá Macabra: traigo las tripas que ni que hubí comío ensalá de cristales verdes...

—¡Pero, jabla! ¿Cómo has podío dale er beso de esa jechura?... Jabla por toos tus muertos!...

—¡Toma!—respondió el Gramatiquero, por último —¡porque la cogí royéndose las uñas!...

Antonio Pedrosa.



—¿Cómo encuentra usted mis reuniones, marqués!...

—Espéndidas, condesa. ¡Pedir más fuera gollería!

ENTREMESES

Por robar Sebastián un panecillo, metieronle en la cárcel ¡pobrecillo!
Y Pedro, que robó un millón de reales anda en coche con gentes principales.
Si te ocurre robar, hazlo de modo que no metas la mano, sino el codo.

Manuel Soriano.



3.—;Una cenita en el gabinete reservado! ¿eh?

4.—;Cielos! ¡Mi mujer!

Barcelona; desear que llevemos los acreditados guantes y sombreros de Ocaña que resultarían hoy caros y malos, habiendo fábricas que los producen baratísimos y cómodos, no pasa de ser una necesidad. Por eso, cuando pregunta usted con infantil candidez: «¿Vosotros no habéis estado en Escalona, en Olmedo, en Arévalo, en Almodóvar del Campo, en Infantés, en Bribiesca?...» Se contesta con la mayor claridad: No; no, señor, no hemos estado en esas poblaciones vetustas, antes tan espléndidas. ¿Y para qué hemos de ir? Para estudiar los progresos de España, vamos á Barcelona, á Valencia, á Zaragoza, á Málaga, á los modernos centros de cultura. Lo demás, es salirse del tiesto, joven Martínez.

A. Sanz.

La semana política

Rodrigo Soriano, el fogoso diputado por Valencia, ha sido el hombre de la semana. Su intervención en el debate suscitado en el Congreso con motivo del nombramiento del P. Nozaleda, ha puesto en un verdadero aprieto al gobierno.

Soriano es hombre de energías; tiene intrepidez; arrojo y valor; en más de una ocasión lo ha demostrado. Sus palabras, vigorosas y mordaces, han dado ocasión á dos cuestiones personales, y hubieran provocado la crisis ministerial, si á última hora no se hubiese arreglado todo buenamente.

El general Linares ha pagado los vidrios rotos del debate. Su situación, por más componendas que hagan los ministeriales, resulta poco airosa.



RODRIGO SORIANO

Lo triste es, que mientras los padres de la patria y la opinión pública están entretenidos en discutir cosas que, al fin y al cabo, maldita la importancia que tienen, quedan relegadas al olvido las soluciones de muchos problemas de interés capital. ¡Y así nos luce el pelo!



GENERAL LINARES

Uno de los regeneradores

Martínez Ruiz, el fúnebre pensador y acreditado molinero, es un enamorado de la frase, de una frase de Campomanes que se ha servido desenterrar, para demostrarnos que lee y aprovecha las lecturas. La frase es ésta: «Ha reportado más bien á la humanidad la invención de las agujas, que la *Lógica* de Aristóteles.» ¿Verdad que la frase es ingeniosa? Además de ingeniosa, no deja de ser profunda, pero repetida, como la repite el troglodita literario, cada cinco ó seis meses, resulta un sí es no es pesada. Esa frase, la colocó Martínez Ruiz en un artículo publicado en *Progreso*, hace unos diez años, después en el periódico *Don Quijote*, y últimamente en *Alma Española*. Esperó verla de aquí á unos días en el nuevo periódico *España*, «dirigido por Troyano y escrito por *Maestus*, Martínez Ruiz y otros;» así reza el anuncio que he visto de la reciente publicación.

Porque, es el caso, que yo leo á Martínez Ruiz, ó mejor dicho, leo lo que escribe, ó expresado con más propiedad, leo lo que aparece con su firma en los papeles, sea ó no suyo, que ésto está todavía por averiguar, y he advertido, como lo advierte el más indolente, que cuanto tenía que decir el fecundo regenerador para que lo admire, si es que lo admira, la

posteridad, lo tiene dicho en cuatro artículos—ni uno más—que refrie con habilidad de gacetillero de periódico sin información propia, cada vez que ha de emborronar unas cuartillas para honrar las columnas de una publicación de nuevo cuño. Esto, huele á estafa, por no decir, timo, palabra impropia y bárbara que corregiría el amigo Pelayo Vizute.

Si, señores, si: Quien ha leído los consabidos cuatro artículos del iconoclasta Martínez, sabe ya de antemano todo lo que ha de escribir, hasta que definitivamente se retire á su tan suspirado molino, á cuidar de la tolva, del cercerrillo y de las talegas de trigo, que es donde alienta aun el alma castellana sin mezcla de impurezas perniciosas.

¿Y cuándo llegará ese día, Señor? ¿Cuándo llegará!... Mucho tarda; y entretanto ese *Chico de la Blusa* de la sociología, seguirá abrumándonos en sus *inoriginales* (le regalo la palabreja, joven Martínez) variaciones con, de, en, por, sin, sobre la famosa y ya espúrea meseta castellana, cuyos esplendores pasados ahora y canta con plañideras de traviata sentimental.

En el último artículo que he leído de Martínez Ruiz, afirma que «España permanece tan muerta en 1904 como en 1572.» La apreciación, es sencillamente tonta. No se le ocurre más que á Martínez Ruiz escribir semejante disparate.

Bien es verdad, que tampoco se le ocurre sino al más ilustre é iluso de los yeclanos, ir á estudiar la vida y el progreso de España á Ocaña, Ajofín, Consuegra, Almagro y otras poblaciones castellanas, que vejetan en apacible y negligente marasmo. Allá esas ciudades. Pero, dígame, tétrico regenerador: ¿vamos á medir con el mismo rasero las demás poblaciones? En España, como en todas las naciones del mundo, existen ciudades que permanecen estacionarias, como en los felices tiempos de la Edad Media, y otras que no han sido insensibles al progreso, y que más ó menos lentamente se modernizan y se europeizan. No lo pondrá usted en duda.

Pretender que en los tiempos que corren admiraremos las herrerías de Ajofín, en las que se forjaba el hierro como en la época de Tubal y Tarsis, existiendo fundiciones magníficas en Valencia, en Bilbao, en

EN EL GRAN MUNDO



—¿Qué le pasará al barón?
—Está así desde que se dice que van á nombrar gobernador á Ribot.

LA CONGREGACIÓN DE ACTORES ESPAÑOLES

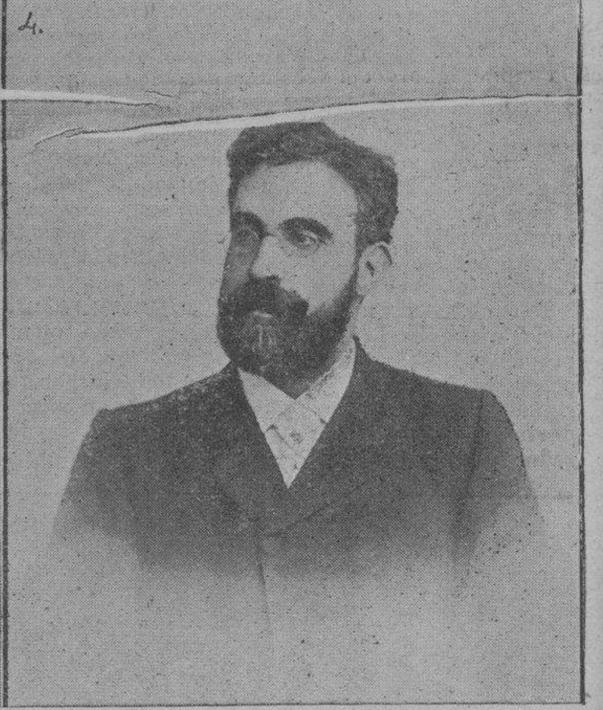
Una de las instituciones más respetables que han resistido á los violentos cambios de las revoluciones y de los tiempos, es la *Congregación de Actores Españoles*, hermandad, cofradía, ó como ustedes quieran, constituida á usanza de las antiguas asociaciones gremiales.

No vamos á hacer su historia.

Pasamos por alto los detalles referentes al origen de la Congregación y los milagros atribuidos á la Virgen de la No-

vena, su patrona. Hoy el recuerdo de aquella tradición, con sus ribetes de leyenda, sería fríamente analizado por la crítica, y no es nuestro propósito herir susceptibilidades, ni echar abajo piadosas creencias.

En 1706, se colocó en la parroquia de San Sebastián de la Villa y Corte, el cuadro de la Virgen de la Novena en el despacho que da paso al camarín, donde en la actualidad se encuentra, y sólo se ex-



1. Capilla de la Congregación en la parroquia de San Sebastián.—2. Don Fernando Díaz de Mendoza: Presidente.—3. Don Miguel Soier: Vicepresidente.—4. Don Juan Pérez Zúñiga: Secretario.—5. Don Tomás Luceño: Archivero.—6. Don Emilio Mario: Contador.—7. Don Emilio Carreras: Tesorero.—8. Don Francisco Iglesias.—9. Don Salvador González.—10. Don José Gamero.—11. Don Vicente Cobos.—12. Don Anselmo Fernández: Vocales.

ponía á la veneración del público en las grandes solemnidades, del mismo modo que se exhibían en los siete días que siguen á la festividad de la Asunción las imágenes de los seis santos, que se dicen fueron cómicos; San Ginés, San Juan Bueno, San Gelesino, San Dióscoro, San Porfidio y San Agapito.

El tiempo, que todo lo muda y trastoca, hizo que esta costumbre se fuera perdiendo insensiblemente, como se pierde lo que cayó en desuso y ya nadie lo solicita.

Hoy sólo existen las imágenes de los dos primeros santos citados, colocadas á ambos lados del altar mayor de la capilla.

Curioso, á la par que sensible, resulta el conocimiento de la decadencia de esta Congregación, decadencia que sólo puede explicarse quien conozca la inconstancia del carácter de los artistas en todo

aquello que no se relacione con el arte, y, á veces, hasta en las cosas que con el arte se relacionan.

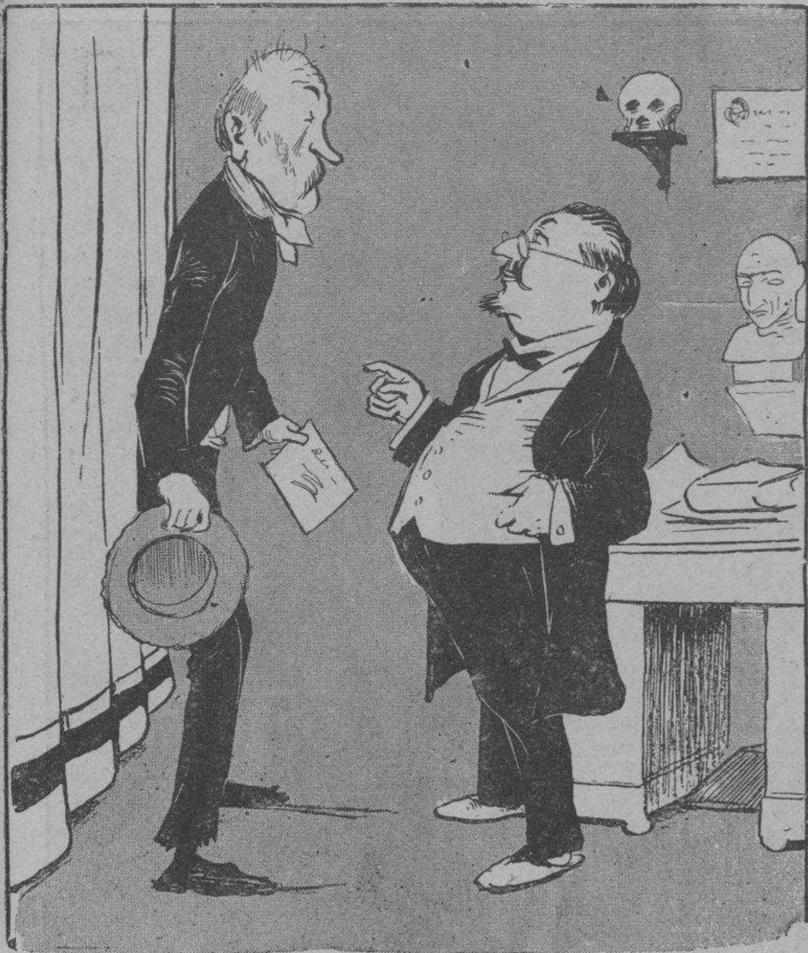
A mediados del siglo XVIII la Congregación de Actores Españoles era una de las asociaciones más ricas del país, pues poseía extensas propiedades, un número de alhajas verdaderamente extraordinario, pinturas de un valor artístico incalculable y efectos y ornamentos que constituían una riqueza; hasta el punto de que en la enfermería que fundó la Congregación para los asociados, en un edificio de su propiedad situado en la travesía de Júcar, esquina á la calle de la Leche, toda la vajilla para el servicio de los enfermos era de plata.

¿Cómo desapareció tal riqueza? ¿Quiénes son los culpables de que haya ido acabándose el esplendor de la Corporación?

Imposible resulta dar una contestación categóri-

ca; todos los derrumbamientos tienen una causa, y éste, sólo debe atribuirse á la incuria de los que debieron velar por tan sagrados intereses, más que á la rapiña; por más que la rapiña pueda haber tomado parte en esta decadencia.

Hoy no queda de aquel pasado esplendoroso más que el recuerdo y los documentos é inventarios que obran en el archivo y que atestiguan la posesión de aquellas riquezas. Y esta decadencia y este abandono son más de lamentar precisamente en la época en que el teatro alcanza más prosperidad, desde el punto de vista económico, y en que los actores perciben por su trabajo estipendios bastante más crecidos que los que se cobraban en siglos anteriores. Al nunca bastante llorado don Emilio Mario se debe que en estos últimos años la Congregación subsista y se conserve aún la histórica capilla de los cómicos.



—Preséntese usted con esta carta al príncipe de Babiera y él le operará.
—¿Luego estoy desahuciado?...

Ciencia amena

Los incendios en el teatro.—Cada vez que ocurre una catástrofe producida por la deficiente aplicación de los modernos adelantos científico-industriales, la supina ignorancia del vulgo saca de ella gran partido, para tronar y hacer prosélitos contra el progreso de las ciencias aplicadas, sin darse cuenta, muchas veces, de que sólo en la desidia, en la mala fe, y en el egoísmo de los hombres radica la verdadera causa de tales hecatombes.

El terrible siniestro del teatro Iroqués de Chicago, que acaba de producir más de 700 víctimas, ha conmovido al mundo entero, porque, ante el peligro común, los corazones humanos palpitan al unísono. No es á la electricidad ni al acetileno que hay que culpar en este caso, sino á la autoridad que ha permitido la apertura de un teatro sin estar previamente demostrado que todos sus materiales eran absolutamente ignífugos.

La experiencia ha comprobado, desgraciadamente, una vez más, que no bastan los telones metálicos, ni los de amianto, ni tampoco las muchas escaleras y puertas de salida, para evitar una catástrofe, en caso de incendio: más del 80 por 100 de las víctimas de Chicago han sucumbido asfixiadas, aplastadas y pisoteadas por la precipitación y enloquecimiento de los espectadores, que, desprovistos, corrieron todos hacia la misma dirección, sin darse cuenta del sinnúmero de puertas de salida que había en aquel moderno coliseo. Por iguales causas, el incendio del Metropolitano de París, produjo recientemente tantas víctimas.

Urge, pues, buscar el remedio por derroteros distintos de los seguidos hasta hoy. Es indispensable procurar que en las salas de espectáculos el incendio resulte un imposible: los esfuerzos de las autoridades y de los propietarios de teatros, se han de aunar, para conseguir, con un poco de buena voluntad y un algo menos de indiferente egoísmo, que la incombustibilidad de la escena y de la sala de espectáculos sea un hecho real y positivo.

La ciencia química nos ofrece diversos procedimientos para convertir, con relativa economía, en substancias absolutamente refractarias á la llama los materiales de construcción, las decoraciones y aun el mobiliario y cortinajes de las salas de espectáculos. La eficacia de tales procedimientos está comprobada por diversas experiencias, resultando de consiguiente monstruoso que, quien debe, no se preocupe de hacerlos poner en práctica.

Si el público, recordando constantemente el peligro, se declarara en huelga, como espectador, no concurriendo á un teatro mientras no se hubiese experimentalmente demostrado su perfecta incombustibilidad, las humanitarias reformas se impondrían por sí solas.

Exijamos teatros ignífugos, no olvidando que nuestros coliseos son verdaderos hornos crematorios, en los cuales precipitamos inconscientes nuestra existencia, y si en ellos hasta hoy no sucumbimos, única y exclusivamente se lo debemos al azar.

El peligro de los tranvías eléctricos.—Estamos en la época de los grandes adelantos y de los grandes egoísmos: los primeros engendran el progreso, siendo los segundos su rémora constante, al extremo de constituir en muchas ocasiones un serio peligro para la humanidad.

Causa verdadero horror contemplar el abandono de nuestras autoridades, al permitir el tendido de cables aéreos para la tracción eléctrica en calles estrechas y tortuosas, á muy poca distancia de los balcones y ventanas de las casas, colocando á sus moradores en constante peligro de muerte, que se convertirá en sensible realidad siempre que por rotura del conductor, por una imprudencia infantil ó por un descuido cualquiera se pongan en contacto con los mismos.

En muchas capitales del extranjero, en Marsella, por ejemplo, los tranvías eléctricos utilizan los cables aéreos solamente mientras circulan por los alrededores de la población, pero desde el instante que penetran en la misma, aun en calles espaciosas, desaparece el cable aéreo substituyéndolo el subterráneo, que, si á la empresa le resulta de mayor coste de instalación, al público le representa la garantía debida á su seguridad personal.

Mientras celosas autoridades que tanto se preocupan de que un particular no establezca, en determinados sitios, talleres industriales que puedan molestar á los vecinos y aun persiguen como á fascinerosos á los mozalbetes que con un mal organillo se permiten fusilar lo mismo las armoniosas notas de una sonata de Beethoven, que las manoseadas y populares jotas de «Gigantes y cabezudos», no se han apercibido todavía de que la red de cables eléctricos aéreos constituye una terrible espada de Damocles, que, á todas horas, y en todas partes nos amenaza.

¿Qué importa que la Ciencia nos ofrezca aparatos interruptores automáticos, para los cables de las electro-vías, cuyo perfecto funcionamiento garantiza la seguridad del viandante, en caso de ruptura del conductor, si el egoísmo de las grandes empresas, amparándose en la pasividad de nuestros gobernantes, no atiende más que á la seguridad de los ingresos de su caja?

En la República Argentina, las locomotoras de los trenes y los coches motores de los tranvías, van provistos de aparatos salvavidas, que, sin destrozarlos, separan de la vía los objetos, el ganado y aun las personas que sorprenden en su vertiginosa carrera; en España, nuestros tranvías llevan un humanitario espólón, que no permite que la víctima perezca por la descarga eléctrica, que le produciría el contacto con el motor pero... lo parte por el eje.

Las grandes compañías de tracción eléctrica que afectan ignorar la existencia de salvavidas prácticos; tales como, por ejemplo, el *chasse-corps mobile* de M. Blanc, de Marsella, el *Protecteur*, de Mr. Walter Hirt y tantos otros de reconocida conveniencia y utilidad, y contemplan con estoica indiferencia

la sangrienta estadística de los accidentes ocasionados por las deficiencias de su explotación electroviaria, no se olvidan jamás de atender á la reducción de los gastos, para reforzar los ingresos, aunque sea en detrimento del servicio y de la seguridad del público; en otros términos, buscan el lucro como único fin, sin reparar en los medios y...

¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo!

A'l'er-Will.

SUETOS

La verdad es, que el activo y venerable don Paco Mencheta, tiene una mano especial para escoger los reporters. Sus chicos son la flor y nata de la viveza y del desahogo.

El espeluznante crimen de la calle de Valencia, ha puesto una vez más de manifiesto, lo majaderas que son las informaciones de los periódicos llamados (mal llamados por supuesto) serios. Los reporters de *El Noticiero*, inventan la especie de que el crimen lo han cometido dos individuos mal carados y barbudos, y como *El Noticiero*—dicho sea en su honor—sirve de fuente á los demás diarios, todos los periódicos hacen suyas las fantásticas suposiciones de los súbditos de Mencheta.

Al siguiente día, ¡qué plancha más tremenda! resulta autora del crimen, la propia hermana del *interfecto*.

Y ¡claro está! Hecha la plancha por Mencheta, los demás colegas se ven obligados á hacer lo propio: gran concurso de planchas sin opción á premio.

Lo chusco del caso es, que Mencheta, que no se para en pelillos, publica tres columnas de prosa fúnebre para reparar la equivocación y simula una conferencia con el herido, que, dicho sea de paso, no podía hablar, y hay que ver la gracia de las preguntas que dirige al víctima: «¿Te encuentras bien? ¿Tienes turbada la cabeza? ¿No querías ir á trabajar? ¿Tú quieres que te castiguen?...»

Suponemos que el juez habrá procesado á estas horas á *El Noticiero*, por meterse donde no le llamaban, y por violar lo que debía pertenecer al secreto del sumario.

Se asegura que viene de gobernador á Barcelona el famoso Ribot.

También se afirma que trae abundante provisión de chapas, para no verse obligado á hacer lo mismo que en Cádiz.

¡Aviso á los consumidores!

¿En qué quedamos? ¿La fiesta del Liceo fué un éxito ó un fracaso?

Un colega dice: «El baile, como tal, resultó un fracaso», «la cabalgata defraudó las esperanzas de la concurrencia», algunas mascaritas permanecieron con la careta puesta hasta terminar.»

Entonces de la tan renombrada fiesta ¿qué pudo admirarse? ¡Ah, ya! Las veintiséis pesetas, que creo que costaba la entrada. Y eso que era una fiesta aristocrática. Y todos cuantos pudieron ó quisieron gastarse las veintiséis pesetas, alternaron en clase de aristocracia.

¡Hasta las mascaritas que no se quitaron la careta!

Imprenta y estereotipia de la casa editorial SOPENA
calle de Valencia, 275 y 277.—Barcelona

Impreso en máquina rotativa á dos colores, de J. DERRIET.
Tintas de CH. LORILLEUX.

Segundo concurso de FÍGARO

1000 PSETAS EN TRES PREMIOS.—Véanse bases, en números anteriores.

Nombre _____ (_____)
Escribase aquí en letra

Nombre _____ (_____)
Escribase aquí en letra

Nombre _____ (_____)
Escribase aquí en letra

D. _____ residente en _____

provincia de _____ calle _____ núm. _____

Caso de ser usted agraciado coincidiendo con otros concursantes, ¿desea usted sorteo ó prorrateo? _____

DESPUÉS DEL BAILE



Salen unos del Liceo y el otro de El Ambigú;

¡los tres con una jumera que á Dios le llaman de tú!

FOTOGRAFÍAS

del natural para artistas. Cien pequeñas fotografías y una **Salón** se envían á quien mande **Pesetas 5**, en sellos á **S. Recknagel Nachf.**

MÜNCHEN. I. (Alemania)

Taller de Fotograbado de *

Casa fundada en 1876

M. JOARIZTI

Consejo de Ciento, 289 y Universidad, 19

* BARCELONA

PEDID EN TODAS PARTES

EL

Papel de fumar **LERROUX**

Depósito: Pasaje Domingo, 1
BARCELONA